

## Prólogo

El agua había pulido las piedras hasta convertirlas en huevos de reptil. El cuarzo lechoso era de un blanco liso y opaco. La granulita aparecía verdosa y veteada. Luego estaban las suaves formaciones calizas que casi se deshacían al tacto.

El torrente empujaba los guijarros sin tregua en dirección al mar, reduciéndolos a gravilla. «Grava lavada», como la que se extraía del curso inferior de los grandes ríos. No es inusual que la grava alcance velocidades de hasta un kilómetro por siglo, aunque el transporte puede verse interrumpido si se produce una glaciación.

Los cantos rodados del Ill, un arroyo vadeable de los Alpes austríacos, debían de llevar ya unos pocos milenios de camino cuando, en el verano de 1976, varios centenares fueron interceptados provisionalmente, víctimas de un leve cambio de rumbo. De hecho, el 23 de julio de ese año, unos niños que jugaban por allí se pusieron a sacar piedras de la parte seca del cauce con las manos desnudas. Las llevaban a duras penas hasta el riachuelo y las arrojaban al agua con un ¡chof! que se sumaba a las de por sí vigorosas salpicaduras provocadas por los rápidos.

Entre aquellos niños que cargaban las piedras estaba yo. Tenía once años y, con toda probabilidad, era el más pequeño. Recuerdo cómo en cada ocasión me quedaba mirando duran-

te unos breves instantes el cambio que producía la piedra en el curso de agua. Estábamos construyendo una presa que primero hacía remontar el agua tres o cuatro palmos para luego aplacarla por un momento antes de echarla a un lado con un movimiento brusco, como en un combate de judo. Era impresionante verlo. La aspereza de las yemas de mis dedos y el hormigueo que percibía en los antebrazos intensificaban la sensación de que éramos capaces de someter a nuestra voluntad la marcha natural de las cosas. Por más que el Ill tirase de tobillos y rodillas, no lograría derribarnos. A izquierda y derecha emergían laderas boscosas, pero, pese a aquellas oscuras paredes, el fondo del valle no resultaba nada siniestro. Con su techumbre de madera invadida por nidos de golondrina, el cercano puente que conducía al pueblo de Gargellen creaba un ambiente relajado que recordaba una maqueta de tren.

Aquel día soleado, nuestro juego derivó en empresa seria. Había tres «maestros de obras», adolescentes larguiruchos y desgarrados que daban instrucciones desde el agua con la camiseta atada a la cabeza al estilo de los piratas. Bajo el mando del Gran Maestro, un profesor barbudo de Múnich, nos esforzábamos en levantar una barrera que llegara hasta el eje longitudinal del Ill. En el centro se extendía una desértica isla oblonga, poco más que una playa de piedras que, con su bauprés, dividía el arroyo en dos. El Ill se resignaba a esa suerte separándose en partes iguales en medio de una lluvia de espuma. Tras rodear la lengua de tierra por los costados, ambas ramificaciones volvían a entrelazarse ruidosamente a la altura de la quilla. Tan pronto como la presa estuviera terminada, pasaríamos a la isla para montar una tienda de campaña y encender una hoguera.

Waldcamping Batmund, donde pasábamos las vacaciones con nuestros padres, estaba compuesto por cuarenta y dos parcelas; la isla del Ill que se ubicaba detrás del pequeño bosque de ribera se transformaría en la parcela número cuarenta y tres.

Hacia el mediodía la pasarela estaba lista. Ya sólo faltaba ponerle la piedra clave. El Gran Maestro trajo un tronco de árbol

y, bajo nuestras atentas miradas, lo clavó en solitario al pie de una roca a modo de ariete.

–*Freitag!*

Para mi sorpresa y júbilo me llamaba a mí: ¡Viernes! Me indicó con un gesto que insertara una piedra debajo de la palanca.

–¡Un poco más cerca! ¡Ahí! *Genau!*

Entre los constructores de la presa no había austriacos. Sólo alemanes, daneses, neerlandeses y unos gemelos belgas.

Después de introducir un canto moteado entre la roca y la estaca, me alejé de un salto. Me sentía orgulloso de mi apodo, del hecho de que alguien se hubiera fijado en mí. Contemplé la escena con los brazos chorreantes, levemente apartados del pecho; un chico, uno de entre miles, que de ningún modo quería crecer, al contrario, soñaba con tener siempre once o, como mucho, doce años, porque a partir de los trece tocaba hacer deberes. Y entonces se acababan los juegos.

Mientras me apartaba con el brazo un mechón de la cara, esperando a conocer lo que me depararía el resto de mi vida, me pasó por la cabeza que era jueves –*Donnerstag*–, pero por miedo a equivocarme no me atreví a mencionarlo en voz alta. Pensé cuán fantástico sería que continuara siendo jueves –¡este jueves!– para siempre. Ojalá el eje de la Tierra pudiera inmovilizarse con un solo clic. De hecho, no era imposible, pues el Señor ya se había encargado de semejante proeza con anterioridad para permitir que el pueblo de Israel ganase una guerra. En aquella ocasión hizo que el sol se quedara suspendido en lo alto de las colinas, al igual que la luna emergente al otro lado del campo de batalla. Todos aquellos soldados y sus caballos debieron de caer al suelo dándose un buen batacazo.

*Uno, dos, y tres...* Al principio la roca no se movía, pero, en cuanto se colgaron de la palanca otros dos chicos más, se ladeó y se desprendió del talud de la orilla. Como la muela de un animal prehistórico, la mole de granito rodó ladera abajo dando cuatro o cinco golpes graves y fue a parar al arroyo.

El sol había pasado ya por el cénit; serían la una o las dos de la tarde.

En el año 1976, la sala de control de la sociedad anónima Vorarlberger Illwerke disponía de unos paneles instalados a la altura de las mesas de trabajo y equipados con unas manecillas incrustadas. Una parte de los tableros de mando funcionaba de forma automática, pero cuestiones importantes, como el nivel del agua de los cinco embalses del curso superior del Ill, se regulaban aún manualmente.

El interior tendría una apariencia sobria si no fuera por el monumental relieve del macizo de la Silvretta y los valles anejos que cubría una de las paredes. La obra podría calificarse de mapa tridimensional, o de maqueta, aunque en realidad se hallaba a caballo entre ambos. Cinco discos de plexiglás alumbrados por una luz azulada marcaban los pantanos administrados por la empresa, en tanto que las turbinas de los generadores de corriente estaban indicadas mediante puntitos luminosos. El Ill serpenteaba y se ramificaba como una vena azul. Antes de Sankt Gallenkirch, justo donde el valle presenta un recodo, se erigía una pequeña señal formada por dos corchetes dándose la espalda el uno al otro: el puente que conducía a Gargellen. Waldcamping Batmund no aparecía, pero estaba la torre de alta tensión de Illwerke que se elevaba sobre las tiendas de campaña y las caravanas.

El 23 de julio de 1976, el ingeniero de turno observó el equilibrio hidrológico del embalse de Silvretta con preocupación. El depósito de treinta y ocho millones de metros cúbicos se retenía de modo artificial tras un muro de hormigón con una altura de ochenta metros y un grosor de treinta y ocho metros en la base. Habida cuenta de la capacidad de almacenamiento, el balance (diferencia entre aportación y evacuación) no tenía por qué ser siempre igual.

Sin embargo, a raíz de la persistente climatología veraniega, el lago recibía desde hacía semanas una cantidad de agua de deshielo superior a la media, por lo que se estaba alcanzando

el nivel máximo permitido. Si no había intervención humana, el embalse se desbordaría entre las ocho y las nueve de la tarde. Por lo general, el excedente de agua se vertía por la noche, pero al ingeniero de servicio se le antojaba una falta de responsabilidad esperar por más tiempo. A la una y media de la tarde tiró de dos manivelas para abrir las correspondientes esclusas de mariposa que se ubicaban al pie del lago de Silvretta.

Nada más inaugurar la presa, empezamos a buscar leña. Recuerdo haber cogido de paso unas fresas silvestres en el saucedal de la ribera y haberlas guardado en el bolsillo delantero de mi pantalón corto. Tambaleándome por medio de las piedras amontonadas, me dirigí a la isla del Ill con los brazos cargados de ramas. Saqué las fresas aplastadas con aspecto de mermelada de mi bolsillo y las dejé encima de una roca extraordinariamente lisa. Después contemplé, sentado en cuclillas, cómo los maestros de obras preparaban el terreno para hacer un fuego.

Mi hermana fue con otras chicas del *camping* al supermercado a aprovisionarse de patatas, papel de aluminio, harina, levadura, sal, leche, coca-cola y, a poder ser, una botella de ron austríaco para mezclar. Imaginé cómo esa tarde asaríamos patatas envueltas en papel de plata y tostaríamos barras de pan pinchadas en varas de sauce. Nuestros padres, que aún estaban leyendo bajo el toldo de la tienda de campaña, pronto vendrían a vernos. Sabía lo que iba a pasar: mi madre no osaría atravesar las piedras sueltas de la barrera, pero, por suerte, mi padre sí.

Así, con las yemas de los dedos sumergidas en el agua que corría a mi lado, me quedé cavilando un buen rato. Me llamó la atención que, una vez dentro del arroyo, el tono apagado de los guijarros y los cantos rodados se tornase naranja o verde o rojo, como si se transformaran en piedras preciosas.

En atención al creciente turismo, Illwerke AG había colocado señales de advertencia a lo largo del Ill. Unas grandes letras negras decían *LEBENSGEFAHR!* (¡PELIGRO DE MUERTE!)

con todo tipo de explicaciones debajo. No eran letreros anodinos, sino verdaderos armatostes de metal presentes en ambas orillas. Uno de ellos estaba atado a la torre de alta tensión que se erigía en el linde del pequeño bosque de ribera situado detrás de Waldcamping Batmund. En la práctica, todo el mundo asociaba aquel aviso con descargas eléctricas mortales y la evidente prohibición de subirse al poste.

Cuando empezó a sonar a lo lejos el zumbido de un avión, estábamos entretenidos montando las lonas de color verde pálido de una tienda militar. Yo sujetaba una varilla telescópica de metal. Conforme el ruido se iba intensificando, todos levantábamos la cabeza para escudriñar el cielo por encima de las copas de los árboles. Al alzar la mirada no vi venir el chorro de agua que acabó por inundar mis pies. Di un salto. Mi primer pensamiento fue la leña. Tenía que evitar que se mojara. Hasta que observé cómo la isla se cubría de agua en un único movimiento fluido. Desde más arriba se aproximaba por todo lo ancho del cauce del arroyo una rugiente pared de espuma. No era un cilindro ni un muro vertical con cresta, sino una ola de varios pisos que salpicaba a diestro y siniestro. El rompiente propio de un temporal del noroeste.

Mientras me metía en el agua al igual que los demás, sacando pecho como un corredor que cruza la meta, me percaté de cómo la corriente arrastraba la presa. Bajo mis pies, las piedras se movían a una velocidad vertiginosa saltando en el fondo del arroyo, que, de un instante a otro, pasó a ser un río; detrás de mí, el torrente se llevaba la tienda de lona y los haces de leña en dirección al puente.

Los otros alcanzaron la orilla –me dio tiempo a verlo–, pero a mí me tiraron de la cintura y me empujaron hacia abajo.